

Rabelais y otros textos

Gustave Flaubert
Traducción de Leticia Bernal Villegas

*¿No es acaso el corazón del hombre una enorme
soledad donde nadie penetra?*

Noviembre. Gustave Flaubert

Rabelais

Nunca fue un nombre tan generalmente citado como el de Rabelais, y nunca, tal vez, con más injusticia e ignorancia. Para algunos se trata de un monje ebrio y cínico, espíritu desordenado y fantástico, tan obsceno como ingenioso, peligroso por la idea, repugnante por la expresión. Para otros es un filósofo práctico, dulce, moderado, escéptico, es verdad, pero que conduce después de todo a vivir bien y a ser un hombre honesto. Alternativamente ha sido amado, despreciado, desconocido, rehabilitado; y desde que su genio prodigioso lanzó a la cara del mundo su sátira mordiente y universal, que se esconde tan francamente gracias a la risa colosal de sus gigantes, cada siglo le da vueltas explorando sus sentidos, interpretando de mil maneras este enigma extenso tan trivial, tan grosero, tan alegre, pero en el fondo, quizás, tan profundo y tan verdadero.

Su obra es un hecho histórico; por sí misma tiene tal importancia, que se conecta con cada época y en ella explica el pensamiento. Así, cuando aparece primero en el siglo XVI es una revuelta abierta, un panfleto moral. Tiene toda la importancia de lo actual, está en el sentido del movimiento, lo dirige. Rabelais es, entonces, un Lutero en su género. Su esfera es el reír. Pero impulsa tan fuerte el reír, que con él demuele tantas cosas como la cólera del bueno de Wittenberg.¹ Lo maneja tan bien, lo cincela de tal manera en su vasta epopeya, que el reír se

hace terrible. Es la estatua de lo grotesco. Eterna como el mundo.

En el siglo XVII, Rabelais es el padre de aquella literatura, ingenua y franca, de Molière y La Fontaine. Los tres, inmortales y genios buenos, los más verdaderamente franceses que hayamos tenido, lanzan sobre la pobre naturaleza humana una medio sonrisa de bonhomía y análisis; francos, libres, ajenos a las convenciones, hombres como deben ser en todo el sentido de la palabra; los tres despreocupados de filósofos, sectas, religiones; tienen la religión del hombre, y la conocen. La han vuelto al revés y analizado, disecado; el uno en sus novelas, con grandes obscenidades, risas y blasfemias. El otro en el teatro, en el diálogo tan hábilmente roto, tan sabiamente verdadero, tan naturalmente sublime, más filósofo con la risa simple de Mascarille, el buen sentido de Philinte o la bilis de Alceste,² que todos los filósofos que han existido. Y, en fin, el otro, con sus fábulas para los niños y su moral para los hombres, con sus versos nobles que resuenan sobre los otros versos, con su palabra, su frase, ese no sé qué de sublime, con su soneto cristalino, con todas esas perlas poéticas que construyen un tan vasto y resplandeciente collar.

Pero algunos raros espíritus, por fuera del movimiento general, han hecho de Rabelais su sujeto de estudio y su autor favorito. Además de los que hemos citado, La Bruyère lo disfruta y aprecia con imparcialidad. No es suficientemente correcto para el gusto escrupuloso de Boileau, para la reserva y pureza de Racine. Este siglo XVII puritano, gobernado por Mme. Maintenon,³ y tan bien representado por el anguloso y sin relieves jardín de Versalles, tenía

vergüenza de esta literatura desaliñada, ruidosa, desnuda. El gigante lo aterrorizaba. Sentía que se encontraba entre dos cosas terribles para él: el siglo XVI que había dado a Lutero y Rabelais, y la Revolución que debía dar a Mirabeau y Robespierre. Antes, los demoledores de creencias; después, los demoledores de cabezas: dos abismos en medio de los cuales se sostenía elevado en la adoración de sí mismo.

En el siglo XVIII es todavía peor. Los filósofos son elegantes y no quieren a Rabelais. El pobre cura de Meudon se habría encontrado fuera de lugar en el salón de las marquesas *belles esprits* y en los pupitres de trabajo de Mme. Deffand o de Mme. Geoffrin.⁴ No se comprendía esta locuacidad protuberante, este entusiasmo, este torbellino, esta vena poética palpitante de invenciones, de aventuras, de viajes, de extravagancias. El pequeño gusto almizclado, ordenado y frío del siglo tenía horror de lo que nombraba la desvergüenza del espíritu. Amaba más la desvergüenza de las costumbres. Voltaire, en efecto, solo perdona a Rabelais porque se burla de la iglesia. En cuanto al estilo, en cuanto a la novela, apenas lo entiende, aunque pretende, sin embargo, dar una clave. En resumen, Voltaire llama al libro de Rabelais “un revoltijo de las mayores vulgaridades que un monje ebrio pueda vomitar”.

Debía ser así. La gloria de Rabelais, su valor mismo, como el de todos los grandes hombres, de todos los nombres ilustres, ha sido vivamente y durante mucho tiempo discutido. Su genio es único, excepcional, no hay otro en la historia de las literaturas del mundo. ¿Dónde le encontraríamos un rival? ¿Será acaso en la Antigüedad, en Petronio o Apuleyo, con su arte premeditado, medido, con sus contornos puros, su concepción sabia? ¿Será acaso en la Edad Media, en los ciclos épicos del siglo XII, en las tonterías, las moralidades, las farsas? ¡No, ciertamente! Y aunque toda la parte materialmente cómica de Rabelais pertenece al elemento grotesco de la Edad Media, no le

encontramos un predecesor en ningún documento literario. Y en los tiempos modernos su imitador más exacto, Béroald de Verville,⁵ el autor de *El arte de alcanzar*, está tan lejos, que no se le puede comparar con su modelo. Sterne⁶ ha querido reproducirlo, pero la afectación que tan a menudo lo atraviesa y la sensibilidad refinada destruyen todo paralelo.

No, Rabelais es único porque es, por sí mismo, la expresión de un siglo, de una época. Tiene a la vez la significación literaria, política, moral y religiosa. Esta clase de genios, que crean literaturas en las que se contienen vejez, aparecen de tiempo en tiempo, cada una dice su palabra, la palabra de su tiempo, y después desaparecen. Homero canta la vida guerrera, la juventud valiente y belicosa del mundo, la verde estación en la que los árboles prosperan. En Virgilio la civilización ya ha envejecido: está llena de lágrimas, de matices, de sentimiento, de delicadezas. Dante es oscuro y brillante a la vez, es el poeta cristiano, el poeta de la muerte y del infierno, lleno de melancolía y de esperanzas.

Por otra parte, en las sociedades envejecidas, cuando todos comparten la saciedad y la duda habita en todos los corazones, cuando todas las cosas bellas soñadas, todas las ilusiones, todas las utopías han caído hoja por hoja, arrancadas por la realidad, la ciencia, el razonamiento, el análisis, ¿qué hace el poeta? Se recoge en sí mismo, tiene arrebatos sublimes de orgullo y momentos de desespero desgarradores. Canta todas las agonías del corazón y todas las nadas del pensamiento. Entonces, todos los dolores que lo rodean, todos los sollozos que estallan, todas las maldiciones que aúllan resuenan en su alma, que Dios ha hecho vasta, sonora, inmensa, y en la voz del genio marcan eternamente en la historia el lugar de una sociedad, de una época, para escribir sus lágrimas, para cincelar la memoria de sus infortunios (Byron en nuestros días). Es por esto que la verdadera poética es más verdadera que la verdad

histórica y que, en fin, los poetas mienten menos que los historiadores. Los grandes escritores son, pues, en el ciclo de las ideas como las capitales en los reinos. Reciben el espíritu de cada provincia, de cada individualidad, lo fusionan con lo que les es personal, original, lo amalgaman, lo organizan, y luego lo restituyen transformado en arte.

Cuando Rabelais nació, era el año de 1483, el año de la muerte de Luis XI. Lutero estaba por llegar. El rey había echado abajo el feudalismo, el monje derrumbará el papado, es decir toda la Edad Media, el guerrero y el sacerdote. Y cansados del uno y del otro, el pueblo ya no los desea. Se había dado cuenta de que era devorado por el hombre de armas, y que el sacerdote lo explotaba y engañaba. Durante mucho tiempo se había contentado con la inscripción de sus burlas en las piedras de las catedrales, con hacer canciones contra el señor, con soltar, como en la *Novela de la rosa*, alguna palabra mordaz sobre el poder o la nobleza. Era necesario algo más: una revuelta, una reforma. El símbolo estaba viejo, y con él habían envejecido el misterio, la poesía; había una necesidad general de vencer los obstáculos, de entrar en otra vía. Necesidad de la ciencia, de la poesía, de la filosofía. Desde 1473 una caricatura, que representaba a la iglesia con un cuerpo de mujer, piernas de pollo, garras de buitre y cola de serpiente, había recorrido toda Europa. Era la época de Commines,⁷ de Maquiavelo, de Arellano. El papado había tenido a Alejandro VI y a León X, que no valía más. La orgía intelectual pronto llegaría. Será larga y terminará con sangre. En el siglo XVIII se renovará y terminará de la misma manera.

En medio de tales acontecimientos y en una época así vivió Rabelais. No nos asombremos entonces si frente a esta sociedad que se tambaleaba en sus fundamentos, que jadeaba en sus desenfrenos ante tantas cosas demolidas y ante tantas ruinas, se haya elevado un enorme sarcasmo sobre ese pasado odioso de la Edad

Media, que palpitaba todavía en el siglo XVI y lo horrorizaba.

.....

En mi opinión, quienes han pretendido dar las claves de Rabelais, ver alegorías en cada palabra y traducir cada broma, no han comprendido nada del libro. La sátira es general, universal, y no personal ni local. Un estudio cuidadoso desmiente rápidamente esta tentativa vana.

¿Debería citar todo lo que el siglo XVI ha hecho en ese sentido y todo el barro que ha lanzado sobre la Edad Media de la que nació? Así, sin hablar de Ariosto, ¿no constituyen Falstaff, Sancho, Gargantúa, una trilogía grotesca que corona amargamente a la vieja sociedad?

Falstaff es, por sí mismo, el hombre de Inglaterra, el John Bull inflado de cerveza y de jamón, gordo, sensual, levantándose de entre los cadáveres, sacando de su bolsa una botella de vino añejo de España. No es de ninguna manera lo grotesco terrible de Yago, ni la inmoralidad razonada de Maure Hassan, de Schiller.⁸ Su única pasión es amar. Y la lleva al grado más alto: es sublime. Es el egoísmo personificado con un cierto fondo de análisis y escepticismo que usa en su favor.

En cuanto al pacífico Sancho Panza, montado en su borrico, con su figura morena y perezosa, jadeando de noche, durmiendo de día, el hombre cobarde, el hombre que no concibe el heroísmo, el hombre de los proverbios, el hombre prosaico por excelencia, ¿no es acaso la razón que le grita con todas sus fuerzas a Don Quijote de detenerse y no correr tras los molinos de viento que toma como gigantes? El gentilhombre sin embargo corre, pero se quiebra los brazos, se hiere la cabeza. Su casco es un plato de barbería, su caballo, Rocinante. Y el asno del labriego se pone a rebuznar ante su escudo.

Colocada entre estas dos figuras, la de Gargantúa es más vaga, menos precisa. En ella las formas son más amplias, más sueltas, más grandiosas. Gargantúa es menos glotón, menos sensual que Falstaff, menos perezoso que Sancho, pero es más bebedor, más reidor, más gritón. Es terrible y monstruoso en su alegría.

.....

Una última reflexión, para terminar. Rabelais solo ha sondeado la sociedad tal y como ella podía ser en su tiempo. Denunció los abusos, las ridiculeces, los crímenes y, qué sé yo, quizás vislumbró un mundo político mejor, una sociedad diferente. Tenía piedad por la que existía y, para emplear una expresión trivial, *el mundo era una farsa*. Él lo ha vuelto una farsa.

Después de él, ¿qué se ha hecho? Todo ha cambiado. Sobrevino la Reforma. La independencia del pensamiento. La Revolución. La independencia material.

¿Y qué más?

A miles de preguntas se les ha dado la vuelta; ciencias, artes, filosofías, teorías, ¡qué cantidad de cosas solo en los últimos veinte años! ¡Qué torbellino! ¿A dónde nos llevará?

Veamos: ¿dónde está usted? ¿En el crepúsculo? ¿En la aurora? Ya no tiene el cristianismo. ¿Qué tiene entonces? Trenes, fábricas, químicos, matemáticos. Sí, el cuerpo está mejor, la carne sufre menos, pero el corazón sangra siempre. El alma, el alma, ¿la siente usted desgarrarse, aunque la envoltura que la encierra esté calma y feliz? Vea cómo ella se abisma en el escepticismo universal, en este fastidio lúgubre que se ha hecho dueño de nuestra raza desde la cuna, mientras que la política tartamudea, los poetas apenas tienen el tiempo de armonizar su pensamiento y lo tiran a medio escribir sobre una hoja efímera, y la bala homicida estalla en cada granero o en cada palacio donde habitan la miseria, el orgullo, la saciedad.



Francisco Londoño. De la serie *Historias cortas* (7). Acrílico/lienzo. 150 x 150 cm. 2008

Los asuntos materiales se han resuelto. Los otros, ¿lo han sido? Yo os lo pregunto. Decídmelo. Mientras no hayáis colmado este enorme abismo que el hombre tiene, me burlo de todos vuestros esfuerzos, rio a mi gusto de vuestras ciencias miserables que no valen una brizna de hierba.

Llega ahora, entonces, un hombre como Rabelais. ¡Que sea capaz de despojarse de toda cólera, de todo odio, de todo dolor! ¿De qué reirá? No de los reyes, ya no hay; tampoco de Dios, en el que ya no se cree, lo que produce miedo; ni de los jesuitas, es un asunto viejo.

Pero, entonces, ¿de qué?

El mundo material va mejor, o al menos va por el camino de mejorar.

¿Pero el otro? Será un buen jugador. Y si el poeta pudiera ocultar sus lágrimas y ponerse a reír, os aseguro que su libro sería el más terrible y el más sublime jamás hecho.

[Flaubert, Gustave. "Rabelais". En: *Par les champs et par les grèves*, París, G. Charpentier et Cia, Editeurs, 1886].

Otros textos

El arte

El arte no está hecho para pintar las excepciones, y siento una repulsión invencible de llevar al papel cualquier cosa ateniende a mi corazón. Incluso me parece que un novelista *no tiene el derecho de expresar su opinión*, cualquiera que ella sea. ¿Acaso el buen Dios ha dicho alguna vez su opinión? Tengo un montón de cosas que me ahogan, que quisiera escupir y me las trago. ¿Para qué decirlas? El primer llegado es más interesante que M. G. Flaubert, porque es más *general* y, en consecuencia, más tipo.

[Carta de Gustave Flaubert a Georg Sand, diciembre 1866. En: *Correspondance entre Georg Sand et Gustave Flaubert*, París, Calma - Levy Editeurs, s.f.].

Continuamente hago todo lo que puedo para ensanchar mi cerebro y trabajo desde la sinceridad de mi corazón. El resto no depende de mí. No hago de la “desolación” un placer, créalo, ¡pero no puedo cambiar mis ojos! En cuanto a mis “faltas de convicción”, ¡qué desgracia!, las convicciones se me atragantan. Estallo en cóleras y vuelven las indignaciones. Pero en el ideal que tengo del arte, creo que no se deben mostrar las propias, y que el artista no debe aparecer en su obra más de lo que aparece Dios en la naturaleza. ¡El hombre no es nada, la obra todo! Esta disciplina, que puede partir de un punto de vista falso, no es fácil de observar. Y para mí, al menos, es una especie de sacrificio permanente que hago al buen gusto. Sería muy agradable decir lo que pienso y con frases aliviar al señor Gustave Flaubert, pero ¿cuál es la importancia de susodicho señor? [...] El arte no es solamente crítica y sátira, y nunca he intentado hacer, intencionalmente, ni la una ni la otra. Siempre me he esforzado en ir hasta el alma de las cosas y detenerme en las generalidades más amplias, y expresamente he evitado lo accidental y lo dramático. ¡Ni monstruos ni héroes!

[Carta de Gustave Flaubert a Georg Sand, diciembre 1875. En: *Œuvres complètes. “Correspondance, 1871-1877”*, París, Club de l’honnête homme, 1975].

La literatura

En cuanto a la literatura, creo que ella podría hacerte ganar suficiente dinero, pero (y el pero es enorme) trabajando de una manera expedita y comercial pronto terminarás por perder tu talento. Los más fuertes han perecido así. El arte es un lujo; quiere manos blancas y serenas. Primero se hace una pequeña concesión, después dos, después veinte. Uno se ilusiona sobre su moralidad durante mucho tiempo. Después deja completamente de importarle. Y después se vuelve un imbécil, del todo o casi.

[Carta de Gustave Flaubert a Ernest Feydeau, noviembre 1859. En: *Œuvres complètes. “Correspondance, 1871-1877”*, París, Club de l’honnête homme, 1975].

Menuda cosa es poner la literatura al servicio de las pasiones, y qué tristes obras este servicio produce, en todos los sentidos.

[Carta de Gustave Flaubert a Ernest Feydeau, noviembre 1859. En: *Œuvres complètes. “Correspondance, 1871-1877”*, París, Club de l’honnête homme, 1975].

Bien puede usted sostener que trabaja, yo afirmo que no. Entiendo por trabajar luchar contra las dificultades, y no soltar una obra hasta no encontrar en ella otra cosa para hacer. Está muy preocupada por la Verdad, pero muy poco por la Belleza; y me indigno (como la última vez) cuando la escucho hablarme de talentos de quinta [...]. Mejor encárnese sobre los clásicos, chúpelas hasta la médula; no lea nada mediocre como literatura; colme su memoria de estatuas y cuadros y, sobre todo,

mire más allá del pueblo, porque este es un horizonte limitado y transitorio.

[Carta de Gustave Flaubert a Amélie Bosquet, mayo 1867. En: *Œuvres complètes*. "Correspondance, 1871-1877", París, Club de l'honnête homme, 1975].

Usted me entristece un poco, querida maestra, atribuyéndome opiniones estéticas que no son las mías. Creo que redondear la frase no es nada, pero que *escribir bien* es todo, porque "escribir bien, es a la vez sentir bien, pensar bien y decir bien" (Buffon). El tercer término depende de los otros dos, porque es preciso sentir fuertemente para pensar, y pensar para expresar. [...] Concibo la forma y el fondo como dos sutilezas, dos entidades que nunca existen la una sin la otra. Este cuidado de la belleza exterior, que usted me reprocha, es para mí *un método*. Cuando descubro una mala asonancia o una repetición en una de mis frases, estoy seguro de que he tropezado con lo falso. A fuerza de buscar, encuentro la expresión justa, que es la única y que es, al mismo tiempo, la armoniosa. La palabra nunca falta cuando se tiene la idea.

[Carta de Gustave Flaubert a Georg Sand, marzo 1876. En: *Œuvres complètes*. "Correspondance, 1871-1877", París, Club de l'honnête homme, 1975].

Una ensoñación, por incierta que ella sea, puede llevar a creaciones espléndidas, cuando parte de un punto fijo. Entonces la imaginación, como un hipogrifo que al emprender el vuelo golpea la tierra con todas sus patas, viaja en línea recta hacia los espacios infinitos. Pero, cuando encarnándose sobre un objeto desprovisto de plasticidad y vacío de historia, la imaginación intenta extraer de él una ciencia y recomponer un mundo, permanece más estéril y pobre que aquella materia bruta en la que la vanidad de los charlatanes pretende encontrar una forma y darle una crónica.

[Flaubert, Gustave. *Par les champs et par les grèves*, París, G. Charpentier et Cia, Editeurs, 1886].

Vuelvo insistentemente sobre la justicia. Ved cómo en todo se ha llegado a negarla. ¿Acaso la crítica moderna no ha abandonado el arte a favor de la historia? El valor intrínseco no es nada en la escuela Sainte-Beuve / Taine. En ella todo se pone en consideración, salvo el talento. De ahí, en los pequeños periódicos, el abuso de la personalidad, las biografías, las diatribas. Conclusión: irrespeto al público. En el teatro, la misma historia. No interesa la obra, sino la idea que se predica. [...] En resumen: la primera injusticia es practicada por la literatura que no toma en consideración la estética, siendo esta una justicia superior. Los románticos tendrán que rendir buenas cuentas de su sentimentalismo inmoral. Recuerde una pieza de Víctor Hugo en la *Leyenda de los siglos*, en la que un sultán se salva por la piedad que siente hacia un cerdo; es siempre la historia del buen ladrón, bendecido por haberse arrepentido. Arrepentirse está bien, pero no hacer el mal es mejor. La escuela de las rehabilitaciones nos ha llevado a no encontrar ninguna diferencia entre un canalla y un hombre honesto.

[Carta de Gustave Flaubert a Georg Sand, octubre 1871. En: *Œuvres complètes*. "Correspondance, 1871-1877", París, Club de l'honnête homme, 1975].

Mirad cómo el desierto se extiende, un soplo de tontería, una tromba de vulgaridad nos envuelve, dispuesta a cubrir toda elevación, toda delicadeza. Nos alegra irrespetar a los hombres grandes, y quizá vamos a perder, con la tradición literaria, ese no sé qué de sutil que introducía en la vida algo más alto que ella [...]. Un poco de espíritu se gana por la cultura de la imaginación, y mucha nobleza en el espectáculo de las bellas cosas.

[Flaubert, Gustave. "Preface". En: Boiluhet, Louis. *Dernières chansons*, París, Michel Lévy Frères, Editeurs, 1872.].

La política

El fin de la burguesía se inicia cuando adquiere los sentimientos del populacho. No veo que lea otros periódicos, que se regale una música diferente, que tenga placeres más elevados. En la una como en el otro, es el mismo el amor al dinero, el mismo respeto al hecho cumplido, la misma necesidad de ídolos para destruirlos, el mismo odio hacia la superioridad, el mismo espíritu de difamación, la misma crasa ignorancia.

[Flaubert, Gustave. "Lettre au Conseil Municipal". En: *Par les champs et par les grèves*, París, G. Charpentier et Cia, Editeurs, 1886].

Creo que la República burguesa puede establecerse. Su falta de elevación es, quizás, una garantía de solidez. Es la primera vez que vivimos bajo un gobierno sin principios. ¿La era del positivismo en política va tal vez a comenzar?

[Carta de Gustave Flaubert a Georg Sand, julio 1871. En: *Œuvres complètes*. "Correspondance, 1871-1877", París, Club de l'honnête homme, 1975].

La humanidad no ofrece nada nuevo. Desde mi juventud, su irremediable miseria me llena de amargura. Creo que la muchedumbre, la cantidad, el rebaño siempre serán odiosos. Solo importa un grupo pequeño de espíritus, que se pasan entre sí la antorcha. [...] Mientras la Academia de Ciencias no reemplace al papa, la política toda entera y la sociedad, hasta sus raíces, solo será un montón de bromas repugnantes. [...] La idea de igualdad (que es toda la democracia moderna) es una idea esencialmente cristiana y opuesta a la idea de justicia.

Mire cómo, ahora, predomina *la gracia*. El sentimiento es todo, el derecho nada.

[Carta de Gustave Flaubert a Georg Sand, septiembre 1871. En: *Œuvres complètes*. "Correspondance, 1871-1877", París, Club de l'honnête homme, 1975].

La prensa es una escuela de embrutecimiento, porque ella exige de pensar.

[Carta de Gustave Flaubert a Georg Sand, septiembre 1871. En: *Œuvres complètes*. "Correspondance, 1871-1877", París, Club de l'honnête homme, 1975].

Notas

- 1 Alusión a Lutero y sus 95 tesis clavadas en la fachada de la iglesia de esta población.
- 2 Mascarille: personaje de la comedia *Las preciosas ridículas*; Philinte: personaje de la comedia de su nombre, en la que se invierten los papeles representados por este y por Alceste en la comedia *El misántropo*.
- 3 Madame de Maintenon, nacida Françoise d'Aubigné (1635-1719), amante del Rey Sol, Luis XIV de Francia, se convirtió mediante matrimonio morganático en su segunda esposa, a la muerte de la reina María Teresa en 1683.
- 4 Marie de Vichy-Chamrond marquesa de Deffand (1697-1780), conocida por su trabajo epistolar, en su salón se reunían los enciclopedistas; Marie-Thérèse Rodet Geoffrin (1699-1777), organizadora de un salón literario muy conocido en su época.
- 5 François Béroald de Verville (1556-1626), novelista, poeta e intelectual del Renacimiento francés.
- 6 Laurence Sterne (1713-1768), escritor y humorista irlandés, autor de *La vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, obra emblemática y precursora de la novela contemporánea.
- 7 Philippe de Commines (1447-1511), escritor y diplomático francés.
- 8 Personaje criminal y bufón del drama satírico del joven Schiller, *La conjuración de Fiesco en Gênes*.

Leticia Bernal Villegas es Maestra en Filosofía de la Universidad de Lovaina (Bélgica), docente y editora.